

## LA IDEA DE LA HISTORIA Y LA IMAGEN DE AMERICA EN EL ABATE MOLINA

DENTRO DE LA pléyade de cronistas coloniales, Juan Ignacio Molina destaca de un modo singular; sólo él y Lacunza logran trascender los marcos locales y hallar alguna consideración en los medios europeos.

Nuestra historiografía colonial, en la que abundan las gruesas y valiosas crónicas, sólo en el abate encuentra un autor que cobije una verdadera concepción histórica. Sin embargo, apenas se puede decir que Molina es chileno o americano. Lo es porque nació en este suelo y porque nunca dejó de amar los parajes donde dio los primeros pasos; empero, su formación es la estricta formación del europeo, su pensamiento es el pensamiento que se gestaba en Europa a comienzos de la Era Moderna.

Su mérito principal radica, más que en la trascendencia creadora, en la capacidad de avizorar las nuevas corrientes por donde discurrirá el pensamiento de los siglos siguientes y la capacidad de aprovechar las ideas de autores todavía desconocidos, pero que con el andar del tiempo llegaron a constituir el fondo del pensamiento histórico y científico.

Es difícil señalar en qué medida Molina recibió la influencia de ciertos autores o simplemente su pensamiento coincidió con el de ellos. Así, por ejemplo, poco después que apareciera la *Philosophie zoologique* de Lamarck (París, 1809), desarrolla atrevidas ideas evolucionistas en un trabajo de 1815, *Analogie meno osservate dei tre Regni della Natura*.

Por lo que respecta a la formación de su pensamiento histórico, es imposible dejar de relacionarlo con Vico y con Herder. No podemos asegurar que conociera la obra del primero. Sabemos que ésta sólo se popularizó casi un siglo después gracias a los difusionistas alemanes. Sin embargo, es notable lo cercano que se halla el pensamiento de Molina al de Vico. Ambos pretenden explicar “una historia ideal, eterna, recorrida a través del tiempo por las historias de todas las naciones”, sólo que Molina se eleva de lo particular (la casi desconocida historia de Chile) a una concepción general de la Historia Universal. La historia de Chile es una muestra de esta configuración, siempre repetida, que se advierte en el proceso evolutivo de las civilizaciones. Al igual que en Vico, la necesidad y utilidad primitivas constituyen en Molina los factores dinámicos de esta “ley natural de las naciones”. El curso normal de la historia se inicia con la necesidad y termina en el lujo, que vuelve a los

hombres disolutos y locos, haciéndoles perder su sustancia, o su "vigor", como dice el abate. Asimismo, es común a ambos la división en "edades" y la correspondencia que existe en cada una de ellas, entre las distintas manifestaciones culturales (formas del derecho, costumbres, lenguaje, etc.).

Por último, tampoco concibe nuestro autor, a la manera de Vico, un esquema rígido en que cada etapa histórica signifique una ruptura con la precedente. Ambos creían que en los períodos posteriores se actualizaban supervivencias de los caracteres anteriores.

Con Herder también parecen existir algunos vínculos estrechos. Como aquél, piensa Molina que el Universo entero puede ser entendido desde el punto de vista de su desarrollo histórico evolutivo. De igual modo intenta describir la gran evolución de la especie humana, que se ha desarrollado partiendo de las necesidades impuestas por el género de vida y que ha debido recorrer su evolución en varias etapas, que representan distintos grados de cultura y cambio de formas, hasta llegar a una sociedad basada en la razón y en la justicia.

Por otra parte, su pensamiento alcanza a ser tocado por los primeros despuntes del Romanticismo. Su interés por la historia, su concepción orgánica de ésta, su preferencia por lo dinámico en vez de lo estático y por último, su atracción por lo irracional, son algunas manifestaciones del Romanticismo incipiente que se perciben en su obra.

En este ensayo intentamos dar a conocer a Molina más allá de la estrechez biográfica, único cauce seguido en nuestro medio en los estudios sobre este autor. Nos sentiremos satisfechos si logramos una sistematización e interpretación claras del pensamiento del abate.

#### ANALOGIA Y UNIFORMIDAD EN EL DESARROLLO CULTURAL DE TODOS LOS REPRESENTANTES DE LA ESPECIE<sup>1</sup>

Antes de iniciar el estudio del pensamiento histórico y filosófico del abate es previo destacar la siguiente idea: Molina piensa que todos los hombres y todos los pueblos, aunque se encuentren totalmente aislados,

<sup>1</sup> Sobre esta idea véase Molina. *Compendio de Historia Natural*: L. II, pág. 398; *Compendio Anónimo*, Parte 1ª, xxxviii. Part. 2ª, II, VI, xxvii; *Compendio Historia Civil*, L. I, págs. 108, 110-111, 124; L. II,

págs. 147 ss., L. III, págs. 208 y 233, L. IV págs. 262 ss., 322, 326 y 329; *Memoria sulla propagazione successiva del genere umano*, págs. 176 ss.

desarrollan una cultura análoga, no sólo en cuanto a sus obras e instituciones, sino también en la forma de su evolución.

Era la idea de la época, que se afanaba en descubrir la naturaleza del ser humano separándola del foco distorsionador de las costumbres; por ello corría tras lo que llamaba “leyes generales de la humanidad” y gustaba adornar sus gabinetes con imágenes del “buen salvaje”, aquel hombre prístino no deformado por la historia. “Otras épocas —dice Paul Hazard— se interesarían por el individuo en lo que tiene de incomunicable; ésta se interesa en lo que tiene de común con sus hermanos. Cree que las semejanzas entre los hombres vienen de la naturaleza, que las diferencias vienen de las costumbres, y que la superioridad de la naturaleza sobre las costumbres se patentiza por ese solo derecho de prioridad. Se dedica, pues, a estudiar lo que une, no lo que distingue”<sup>2</sup>.

Con igual claridad expresa Molina el sentir de su época cuando escribe en el *Saggio sulla storia civile del Chili* el siguiente párrafo: “Seamos imparciales y confesemos que todas las naciones sean americanas, europeas o asiáticas, han sido semejantísimas en el estado salvaje. . . Apenas se hallará una costumbre entre los americanos que no se encuentre la misma o la análoga en las demás partes de la tierra”<sup>3</sup>. Asimismo afirma, tanto en esta obra<sup>4</sup>, como en una memoria leída en Bolonia y publicada en 1821<sup>5</sup>, la existencia de “algo” común a todos los hombres, que determina la aparición de tendencias análogas en la especie e identifica las primeras manifestaciones de cultura. Esta analogía cultural de todos los pueblos se puede apreciar, principalmente, en las primeras etapas de la evolución histórica (o prehistórica), donde todavía no aparecen los factores diferenciadores específicos de cada cultura o pueblo.

Esta singularidad que uniformaba la especie era, sin duda, para el Abate —aunque no lo dice expresamente— la naturaleza racional del hombre; ella era igual para todos, y constituía la mismidad racional en que se reconoce el género humano<sup>6</sup>.

La naturaleza se encontraba, eso sí, mucho más pura en los pueblos primitivos, donde todavía no había sido modificada por el progreso.

<sup>2</sup> Hazard, Paul: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, págs. 296 y 297.

<sup>3</sup> *H. Civ.*, pág. 348.

<sup>4</sup> *Id.*, págs. 148, 152, 161, 165, 171 y ss.

<sup>5</sup> *Memorie di Storia Naturale*; Memoria 12 *Sulla propagazione successiva del genere umano*.

<sup>6</sup> Cf., Cassirer, Ernst, *Filosofía de la Ilustración*, pág. 20: “El siglo XVIII está saturado de la creencia en la unidad e invariabilidad de la razón. Es la misma para todos los sujetos pensantes, para todas las naciones, para todas las épocas, para todas las culturas...”.

Entre ellos imperaba sin restricciones y su impronta se podía advertir en todas las actividades y formas de sus culturas. . . Luego, poco a poco, sobre este cañamazo común iba bordando la historia los rasgos individuales de cada comunidad. El clima, el medio geográfico circundante, las costumbres que se adquirían y que originaban nuevas costumbres, el contacto con vecinos más adelantados, todos ellos y muchos más, eran los factores diferenciadores que configuraban el espíritu individual de las diversas sociedades humanas. . .

No obstante, cualquiera sea el grado de progreso que se alcance, siempre estará presente el fondo común, más o menos perceptible según se esté más o menos cerca de la primitiva naturaleza. Por de pronto, en él se basan las leyes o las normas (si es que todavía no han alcanzado este carácter) que regulan nuestras relaciones con los demás hombres, los principios de la organización social y los fundamentos de nuestros derechos. . . Molina conocía a Locke, Rousseau y a los otros “ilustrados”, había leído y asimilado sus ideas. De la misma manera que ellos, sostenía que el hombre había nacido libre, en un estado de libertad natural<sup>7</sup> que se iba perdiendo a medida que se acostumbraba a la servidumbre<sup>8</sup>. Junto con la libertad se perdían también algunas virtudes propias de la vida primitiva, tales como el heroísmo, el espíritu de sacrificio, el estro poético. . . En suma, todas aquellas disposiciones características de la llamada “época heroica”.

Además de estas virtudes con las que graciosamente adorna al hombre, la naturaleza se constituye en el motor de la historia. La necesidad de satisfacer sus apetitos, tanto fisiológicos como anímicos, plantea los primeros problemas. De las tentativas que hace el ser humano para solucionarlos brotan las ciencias y las artes<sup>9</sup>.

Sin embargo, el abate exagera su afán por la analogía. Todas sus obras, y especialmente su *Saggio sulla storia civile*, están saturadas de comparaciones y referencias a otros pueblos, a otras culturas y a otras formas de vida. Con ellas pretende demostrar su idea fundamental, la cual se coge al pasar sobre las páginas de sus obras y que el autor resume al cerrar un párrafo de su *Historia Civil*: “La mente humana puesta en las mismas circunstancias se forma las mismas ideas”<sup>10</sup>.

Esta afirmación demuestra cuánto se acerca el pensamiento del abate

<sup>7</sup> *Com. Hist. Civ.*, pág. 122: “Las ideas de absoluta libertad, que son innatas por decirlo así entre los salvajes”; Cf. *Id.*, pág. 153.

<sup>8</sup> *Com. Hist. Nat.*, págs. 122 y 134.

<sup>9</sup> Ver párrafos sobre “las necesidades” como factor dinámico de la cultura.

<sup>10</sup> *H. Civ.*, págs. 173 y 169.

a las teorías que a mediados del siglo pasado pusiera en boga Bastián, y que son conocidas bajo el nombre de *Elementargedanke*, teorías que explicaban las semejanzas entre las civilizaciones de América y Asia sin necesidad de recurrir a la suposición de contactos reales. Según ellas, la llamada “unidad psíquica humana” debía conducir en todas partes a desarrollos paralelos e independientes que concluían milagrosamente muy semejantes o aun análogos.

Pero no se piense que cuando señalamos que el abate exagera nos referíamos únicamente a lo copioso de sus comparaciones, Hay algo más: llega incluso a comparar los defectos físicos de los grandes hombres que desempeñaron papeles análogos en la historia; por ejemplo, dice de Caupolicán “que estaba desfigurado por el defecto de un ojo, lo que tuvo en común con otros generales”<sup>11</sup>.

Delimitados estos supuestos, pasaremos a desarrollar su teoría de la cultura. Si hemos comenzado nuestro estudio con la exposición de estas ideas, es porque constituyen el antecedente necesario para comprender que, no obstante referirse los textos principales de Molina sólo a Chile y sus aborígenes, su pensamiento pretende ser válido para todo el género humano, pues los chilenos han seguido la misma curva de progreso que el resto de la humanidad.

#### ETAPAS EN EL DESARROLLO DE LAS CULTURAS

“Los hombres en los progresos que hacen para adelantarse hacia la perfección de la vida civil pasan sucesivamente por cuatro grandes estados o períodos. De cazadores se hacen pastores, después agricultores, y, finalmente comerciantes, época que forma al hombre verdaderamente civil”<sup>12</sup>. En este párrafo están sintetizadas las ideas fundamentales del abate en lo que se refiere a la evolución cultural. Cabe ubicar dentro de él todas sus ideas sobre el desarrollo de la humanidad, ordenándolas de acuerdo con las categorías en que clasifica las sociedades según su grado de cultura.

Se desprende del esquema que al avanzar las comunidades sociales en su cultura o civilización —el abate no distingue entre estos conceptos— pasan por cuatro grandes períodos. Cada una de estas etapas está definida por una forma de actividad, la que origina, a su vez, un tipo de vida característico. Es, pues, el tipo de actividad mediante la cual el hombre procura su sustento, lo *típico* de cada grupo. La actividad típica le sirve

<sup>11</sup> Id., pág. 208.

<sup>12</sup> *H. Civ.*; L. I, 117.

a Molina como factor diferenciador, pues las demás formas de la cultura dependen directamente de ella. Reduciendo estas ideas a una expresión matemática, podríamos decir que el grado de cultura de un grupo social es directamente proporcional a la actividad que lo caracteriza.

Estos cuatro modos de vida: el cazador, el nómada, el agricultor y el comerciante<sup>13</sup> son los únicos *status* posibles en que se puede encontrar una sociedad. Son las cuatro grandes plataformas en que descansa la evolución histórica de toda la humanidad<sup>14</sup>. Cada pueblo que se encuentra en un determinado estado cultural —salvo los que se hallan en la etapa del comercio donde se alcanza la consumación de las posibilidades históricas— es un *ser actual* respecto al momento histórico que vive y una *potencialidad* respecto a su desarrollo futuro. Es acto y potencia. Acto, como forma de vida actual históricamente observable y determinable; y potencia, como posibilidad de alcanzar un grado de vida superior.

El hombre tiende a alcanzar la perfección de la vida civil. Los esfuerzos que realiza impulsado por esta tendencia consustancial al “ser hombre” constituyen los eventos del decurso histórico. De la fuerza con que sientan los grupos sociales esta tendencia; de la imperiosidad de su exigencia, dependerá la vitalidad creadora de cada pueblo. El ser humano necesita, pues, para satisfacer sus impulsos, superar progresivamente todos los estados o períodos inferiores, porque sólo así alcanzará el grado máximo de su desarrollo posible aquí en la tierra, en la cuarta y última etapa: la etapa del comercio. Sólo en ella “se forma el hombre verdaderamente civil”<sup>15</sup>.

#### LOS CAZADORES Y LOS NOMADES

Molina se refiere apenas a estas primeras formas de vida. Tanto en el *Saggio sulla storia civile*. . . como en el *Compendio Anónimo* se ocupa casi exclusivamente de los araucanos, quienes han alcanzado ya la tercera etapa de desarrollo y disfrutan de los adelantos de la vida agrícola y sedentaria. Se limita a estudiar los araucanos porque los considera el grupo más representativo de los chilenos<sup>16</sup>: “Los custodios fieles de todos los conocimientos y usos de los antiguos chilenos”<sup>17</sup>. No obstante, breves

<sup>13</sup> *H. Civ.*; I, pág. 117.

<sup>16</sup> *Hist. Civ.*; pág. 126.

<sup>14</sup> Confrontar capítulo anterior “Analogía y uniformidad en . . .”.

<sup>17</sup> Veremos más adelante, que el abate llama chilenos a los aborígenes y no a los criollos.

<sup>15</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 125; L. IV, pp. 265; 304, 329, 330, etc.

referencias recogidas a través de sus obras permiten formarse algunas ideas de lo que él pensaba que era la vida y el modo de ser de los pueblos salvajes; común denominación en la que englobaba a cazadores y a nómades.

Estas dos formas de vida se distinguían fundamentalmente por la actividad desarrollada para obtener el sustento. Los primeros viven exclusivamente de la caza y la recolección de frutos; los otros, en cambio, han aprendido ya a domesticar los animales. En lo demás son muy semejantes.

Lo más característico en ellos, así como también en los pueblos agricultores, es el estado de absoluta libertad en que se encuentran<sup>18</sup>. En estas sociedades, donde la libertad natural —consustancial al ser humano— no se ha perdido ni desvirtuado, los hombres viven sin estar sujetos a ninguna de las obligaciones que impone la vida civil: “No están... , sujetos a la leva, ni a algún género de servicio personal, si no es en tiempo de guerra. Tampoco son obligados a pagar tributos a sus señores, los cuales deben sustentarse de sus propios bienes. Claro que los respetan como a sus superiores, o mejor, como a los primeros entre sus iguales<sup>19</sup>. No se rigen por leyes, sino que se gobiernan por medio de los “usos introducidos, o por la necesidad, o por la conveniencia”<sup>20</sup>. La autoridad de los jefes es muy limitada, simplemente directiva, antes que coactiva<sup>21</sup>. El despotismo no prospera, aunque a él tienden los señores engolosinados naturalmente con el dominio, porque el pueblo no se encuentra en estado de sobrellevarlo y obliga a los señores a contenerse dentro de los límites prescritos por la costumbre<sup>22</sup>. Así, “no se ven trastornadas las ideas de absoluta libertad que son innatas entre los salvajes”<sup>23</sup>.

La población es poco numerosa. “Pues es cosa cierta que el estado de vida selvática es tanto menos propicio a la población cuanto es más rústica”<sup>24</sup>.

Se caracterizan también por ser sociedades egocéntricas. En ellas predomina la creencia que sus miembros son los únicos que merecen el nombre de hombres, los demás no cuentan. “De esta necia arrogancia proviene el desprecio con que miran a todas las demás naciones”<sup>25</sup>.

Sin embargo, y pese a su primitivismo, la vida salvaje no está desprovista de atractivos. Desde luego, recordemos que ellos disfrutaban sin límites de la libertad natural. Además, refiriéndose a los nómades, Moli-

<sup>18</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122.

<sup>19</sup> *Id. L. II*, pág. 153.

<sup>20</sup> *Id. L. I*, pág. 122.

<sup>21</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122.

<sup>22</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 153.

<sup>23</sup> *Id. L. I*, pág. 122.

<sup>24</sup> *Id. L. IV*, pág. 265.

<sup>25</sup> *Id. L. II*, pág. 185.

na agrega: "Esta vida errante no es privada de placeres. Con este medio se adquieren nuevos vecinos, nuevas comodidades y nuevas perspectivas"<sup>26</sup>. Es decir, se sientan las bases para dar un paso más en la escala del progreso y alcanzar la fase agrícola.

#### LOS AGRICULTORES O BARBAROS

Así como Molina llamó salvajes a los pueblos cazadores y nómades, a los agricultores los denominó *bárbaros*. Este concepto, que no está claro todavía en sus primeras obras, lo va afinando hasta alcanzar pleno significado en el *Saggio sulla storia civile*... y escritos posteriores. En el *Compendio Anónimo* designa con el apelativo de "bárbaros" a todos los aborígenes no sometidos a la dominación española; usa este término para distinguirlos de los que viven asimilados a los peninsulares<sup>27</sup>. En la *Historia Civil* da, en cambio, un significado muy diferente a este concepto. Dice, por ejemplo, en unos párrafos, refiriéndose a la situación de los aborígenes antes de la llegada de los conquistadores, que "Los chilenos cuando fueron conocidos la primera vez de los españoles, se encontraban en el tercer período: ellos no eran ya cazadores, sino agricultores"<sup>28</sup>. Se encontraban en un estado de vida "Semisalvaje"<sup>29</sup>. "Aquel estado medio entre lo salvaje y lo civil que llamamos barbarie"<sup>30</sup>.

En el estado de barbarie los pueblos poseen grandes virtudes y cualidades extraordinarias, las que, desgraciadamente, se ven oscurecidas por vicios vergonzosos, propios de su condición. Así, al escribir sobre los araucanos, Molina alaba sus virtudes diciendo: "Son intrépidos, animosos, atrevidos, constantes en las fatigas de la guerra, pródigos de sus vidas cuando se trata del bien de la patria, amantes excesivamente de la libertad, que estiman como un constitutivo esencial de la existencia de ellos, celosos del propio honor, cuerdos, hospitalarios, fieles en los tratos, reconocidos en los beneficios, generosos y humanos con los vencidos"<sup>31</sup>. Sin embargo, inmediatamente después de haber enunciado sus cualidades, reconoce sus vicios, los cuales atribuye a la etapa que viven: "Pero tantas bellas cualidades quedan ofuscadas con los vicios inseparables del estado de vida semisalvaje que tienen hasta ahora, sin cultura y sin

<sup>26</sup> Id. L. IV, pág. 263.

<sup>27</sup> *Com. Anóm.*; P. II, I, II.

<sup>28</sup> *H. Cív.*, L. I, pág. 117.

<sup>29</sup> Id.; L. I, pág. 146.

<sup>30</sup> Id.; L. I, pág. 125.

<sup>31</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 146.

letras. Estos vicios son la embriaguez, la pereza, la presunción y la alternería con que desprecian todas las otras naciones”<sup>32</sup>.

Entre los miembros de una nación bárbara, el deseo de obtener honores constituye una preocupación constante. La mayoría de sus actividades está encaminada a ello. Empero, su idea del honor no corresponde a lo que nosotros entendemos actualmente por él. Entre ellos existe únicamente el honor en la medida que es reconocido por el grupo social, como el de los antiguos aqueos<sup>33</sup>. Vale decir, hay el deseo de descollar y de perfeccionarse, como una aspiración individual; pero no existe conciencia individual —al menos de tipo moral— como la que aportó el cristianismo. El hombre al realizar un acto heroico, no lo hace para encontrar satisfacción en sí mismo, sino para que sea conocido y admirado por el grupo a que pertenece, y para que éste le reconozca su mérito, pues en la medida que le sea reconocido alcanzará mayor o menor honra. Por esto los pueblos bárbaros tienen gran estimación por aquellas ciencias o artes que los destacan dentro de su comunidad, como la guerra y la retórica: “Porque —como dice el abate— esta ciencia... conduce a los honores y al manejo de los negocios”<sup>34</sup>.

No obstante, estos bárbaros son capaces de sacrificar todas sus aspiraciones individuales frente a la necesidad de mantener la integridad y cohesión del grupo. El bien común está por encima de cualquier otro bien: “Los hombres sacrifican por el bien común su natural ambición”<sup>35</sup>.

Pese a que la barbarie es el estado que precede al de civilización, constituye, a pesar de todo y desde muchos puntos de vista, un tipo de vida muy primitivo. Por ejemplo, todavía no se conoce la moneda, lo que dificulta el comercio tanto interno como externo. Y, si se recuerda la trascendencia que atribuye el abate al tráfico mercantil, se verá cuán importante es esta deficiencia. Menciona, además, refiriéndose a este período, que en él todas las artes se encuentran en la infancia, y numerosos otros aspectos que acusan su primitivismo. En resumen, es un estado donde los hombres viven aún “sin cultura y sin letras”<sup>36</sup>. Todo esto, empero, tiene su compensación. La naturaleza humana no ha sido debilitada por el lujo ni las comodidades<sup>37</sup>. Los hombres son de complexión fuerte y las mujeres se encuentran libres de los achaques y melindres que afectan a las pálidas señoras de las sociedades civilizadas cuando

<sup>32</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 146.

<sup>33</sup> Véase: Jaeger, Werner; *Paideia*; capítulo sobre *Nobleza y Areté*.

<sup>34</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 179.

<sup>35</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 157.

<sup>36</sup> *Id.*, L. I, pág. 146.

<sup>37</sup> *Id.*, L. II, pág. 191.

han de cumplir funciones propias de su sexo. El parto es para ellas, por ejemplo, algo tan natural que difícilmente les acarrea complicaciones y lo más corriente es que al día siguiente vuelvan a sus labores cotidianas. En cambio, son muchas las mujeres europeas, especialmente las de la clase alta, incapaces de sobrellevar esta empresa. Y esto, porque según el abate: “La naturaleza humana no es delicada por sí misma, sino porque se acostumbra a serlo”<sup>38</sup>.

Se distinguen también los pueblos bárbaros por su buena fe en los contratos.

No bien da la azada del agricultor el primer golpe sobre la tierra virgen, cuando, junto con la semilla que le procurará el sustento, echa la simiente que le permitirá alcanzar los frutos del último estado de desarrollo; esto es, de la civilización.

Para poder pasar de los tipos de vida cazador y nómada al de agricultor, los hombres, deberán obtener, previamente, “el estado de vida sedentario indispensable a una nación agrícola”<sup>39</sup>. Al nacer la agricultura la Humanidad empieza a marchar a pasos agigantados por el camino del progreso. Esto es así, porque siguiendo las ideas de su época, el abate le atribuía a la agricultura un carácter muy *sui generis*; la consideraba como: “El manantial principal de la sociedad y de las artes”<sup>40</sup>. Bastaba, tan sólo, introducir las costumbres y los inocentes conocimientos europeos para formar, bien presto, un pueblo merecedor de la estimación universal<sup>41</sup>.

Apenas se superan las primitivas formas de vida salvaje, comienzan, de inmediato, a multiplicarse las actividades. Las ocupaciones se diversifican y crece considerablemente el número de objetos a los que el hombre presta atención. Entonces, como consecuencia, crece de grado en grado la esfera de sus ideas<sup>42</sup>. Aparecen los números necesarios para expresar cualquiera cantidad, o al menos las que ellos puedan utilizar. El lenguaje se enriquece, pues “la perfección de las lenguas sigue constantemente la de la civilización”<sup>43</sup>. En las etapas anteriores el lenguaje era muy limitado, ya que “la copia de las palabras de un lenguaje presupone un número correspondiente de ideas claras en el complejo de los individuos

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 121.

<sup>40</sup> *Idem*.

<sup>41</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 147.

<sup>42</sup> *Id.*; L. I, pág. 125.

<sup>43</sup> *Ibidem*, pág. 109.

que lo hablan, las cuales en un pueblo rústico son, y deben ser necesariamente muy limitadas”<sup>44</sup>.

A medida que crece el campo de las ideas, van apareciendo nuevas técnicas y desarrollándose las ciencias y las artes. Como dijimos, el solo hecho de que un pueblo se encuentre en el estado agrícola, ya es significativo para Molina. A pesar de ello, no todos los pueblos agricultores están a un mismo nivel cultural, ni tienen el mismo adelanto. Dentro de cada etapa —es decir, no sólo dentro de la etapa agrícola, sino también dentro de las otras tres que distingue nuestro autor—, hay un sinnúmero de grados. Estos corresponden a un perfeccionamiento creciente que conduce finalmente a superar una forma de vida alcanzando la siguiente.

Los chilenos<sup>45</sup>, sin ir más lejos, tenían a la llegada de los españoles un desarrollo agrícola considerable, lo que sólo podía provenir de una larga y variada cultura. La descripción que de ellos nos hace el abate permite formarse una idea aproximada de los adelantos materiales que es posible conseguir en este período.

Leamos algunos párrafos pertinentes: “Parece que la agricultura hubiese hecho ya algún progreso notable en esta nación, porque encontramos las susodichas especies de plantas alimentarias esparcidas en muchas variedades, todas señaladas con nombres peculiares, lo que no puede provenir sino de una larga y variada cultura. Se ven también en varias partes del reino canales conducidos con inteligencia, de los cuales aquellos naturales se servían para regar sus campos. . . Conocían también el uso de estercolar las tierras, que ellos llaman *vulmaltu*, aunque se prevalesen poco de él en atención a la gran fertilidad natural del terreno. Faltos de animales robustos para labrar la tierra, la movían con una azada de leño duro, empujándola con el pecho dentro del terreno; pero siendo esta operación demasiado larga y fatigosa, es de admirar cómo no buscasen otra manera más expedita y menos trabajosa. Se encuentra al presente entre ellos una especie simplísima de arado, dicho *chetague*, el cual consiste en un madero curvo hacia una de sus extremidades, donde tiene introducida la reja de la misma materia, con su esteva para gobernarlo. No se sabe si este rústico arado que parece el modelo de los primeros arados del mundo, sea una invención antigua de su industria o lo hayan aprendido de los españoles. Su misma simplicidad nos hace dudar”<sup>46</sup>. Para arrastrar el arado y otras faenas utilizaban unos ani-

<sup>44</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 109.

nos” se refiere a la población aborigen.

<sup>45</sup> Siempre que Molina habla de “chile- <sup>46</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 118.

males denominados *Chilihueques* (probablemente la Llama), que los aborígenes habían domesticado en tiempo inmemorial. También se servían de ellos como bestias de carga<sup>47</sup>. Al igual que otros pueblos agrícolas conocían los araucanos el calendario, el que dividían en doce meses, cada uno de treinta días, “como era el de los egipcios y el de los persianos”<sup>48</sup>.

Conviene insistir eso sí, para darle a este texto su verdadero alcance, en que no todas las naciones que trabajan la tierra están, necesariamente, al mismo nivel de los araucanos. Empero las líneas anotadas ponen de manifiesto las posibilidades de desarrollo que existen dentro de la etapa agrícola y la utilización o adaptación de los adelantos alcanzados en los períodos anteriores —como la domesticación de animales— a nuevos fines propios de esta fase.

El cultivo del suelo trae, además de las ya señaladas, otras importantes consecuencias.

Para empezar, una que el autor considera fundamental, pues de ella derivan las primeras artes: la propiedad privada: “El derecho de absoluta propiedad —observa Molina— era plenamente establecido entre los chilenos. Cada uno era dueño absoluto del campo que cultivaba y de los productos de su industria, los cuales podía transmitir a sus hijos por sucesión hereditaria. De este principio fundamental comenzaron a brotar las primeras artes, que pedían las necesidades de la natural conformidad, no menos que aquellas de la constitución política”<sup>49</sup>.

Nótese que el autor se refiere a una propiedad plenamente constituida, con todos sus atributos y, dentro de la facultad de disponer de ella, la de transmitirla a sus herederos. El abate piensa, como veremos a continuación, que la acumulación de riquezas es, en las sociedades agrícolas, la base o el origen del poder político.

La aparición de las ciencias y las artes sigue a la constitución de la propiedad privada. Los pueblos bárbaros desarrollan, sin embargo, exclusivamente las ciencias empíricas; en lo que mira a las especulativas, no tienen ninguna luz<sup>50</sup>. Cultivan con éxito la retórica, la poesía y la medicina y, en general, todas aquellas técnicas y artes que se pueden adquirir

<sup>47</sup> Idem.

<sup>48</sup> Id., L. II, pág. 175.

<sup>49</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 122.

<sup>50</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 178.

con la práctica y con la observación<sup>51</sup>. Los indios —apunta el abate— son excelentes empíricos y conocen las virtudes medicinales de una multitud de yerbas, las suministran con buen éxito y aun hacen con ellas operaciones sorprendentes. También dan a sus telas casi todos los colores que conocemos, con diversas raíces y plantas que la experiencia o bien la necesidad les ha enseñado<sup>52</sup>. En cambio, “sus nociones geométricas o sus ideas sobre la propiedad de la extensión son groseras y limitadas, cuales se pueden esperar de una nación inculta”<sup>53</sup>.

El espíritu primitivo es sobre todo propicio al desenvolvimiento de ciertas manifestaciones artísticas, capaces de ser rápidamente comprendidas y aplaudidas por toda la comunidad. Así se cultiva entre ellos la retórica, “cuyo uso han aprendido de la misma naturaleza<sup>54</sup> y que tienen en gran estimación, pues es fuente de honores y privilegios”<sup>55</sup>. De igual modo la poética, rica en alegorías, en la que se suceden e intercalan las imágenes de violencia, con las emotivas y con lo pintoresco. . . Son éstos los tonos de la épica, que sólo se dan en el fragor de las pasiones primitivas no debilitadas por el refinamiento de la vida civil<sup>56</sup>. Con ellos pretenden conmover el corazón y excitar la natural sensibilidad humana<sup>57</sup>, ganando, de esta forma, la admiración de su sociedad.

Junto a estas artes, ennoblecedoras del espíritu, abundan las técnicas útiles para satisfacer las necesidades del diario vivir. Ya hemos hablado, entre otras, de la agricultura y del grado de perfección que había alcanzado esta técnica entre los araucanos. Conviene ahora insistir en que también los productos agrícolas son elaborados, y con una técnica que demuestra un grado de perfección bastante notable: “. . . A la época que tratamos ya no comían los chilenos los granos crudos; los cocían en ollas aparentes, o los tostaban en la arena caldeada, operación que los pone

<sup>51</sup> Id., pág. 179.

<sup>52</sup> *Com. Anóm.*; Parte II, I, XXIII; pág. 253.

<sup>53</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 178.

<sup>54</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 180; *Comp. Anóm.*, II, I, XXVII, *Colecc. Hist.*; T. XI, pág. 255.

<sup>55</sup> *H. Cív.*; L. II, págs. 179 y 180: “Las oraciones de sus retóricos se parecen a las de los asiáticos, o por mejor decir, a la de todos los oradores bárbaros”.

<sup>56</sup> *H. Cív.*; L. II, págs. 180 y ss.; “Sus poetas se llaman *gempin*, esto es, los dueños del decir. Este nombre expresivo conviene a ellos perfectamente, porque, movidos de

aquel impetuoso entusiasmo que les suelen inspirar las pasiones no debilitadas por el refinamiento de la vida civil, no siguen otras reglas en sus composiciones que los impulsos de su imaginación. . . El entusiasmo desenfrenado es el carácter primario de toda la poesía de los salvajes. Tales fueron las de Bardi entre los celtas y de Scaldi entre los daneses. El pretendido editor de las composiciones de Ossian estaba plenamente instruido del genio poético de las naciones bárbaras”.

<sup>57</sup> *H. Cív.*; L. II, págs. 179 y 180.

menos viscosos y más ligeros. Pero no contentos con aderezarlos de este modo, que fue siempre el uso más común entre las naciones acabadas de salir de la vida selvática, llegaron a hacer dos suertes de harina”<sup>58</sup>. Otra técnica importante, aunque se encontraba en pañales, era la metalurgia: “Extraían el oro, la plata, el cobre, el estaño y el plomo de la tierra, y después de haberlos purificado se servían de estos metales para varias labores útiles y curiosas; pero, en particular, del cobre campanil, o sea, mineralizado, con el cual, por ser muy duro, hacían hachuelas, hachas y otros instrumentos cortantes, aunque en poca cantidad, porque se encuentran raramente en los sepulcros”<sup>59</sup>. Al lado del nobel fundidor seguía trabajando, sin embargo, el tradicional artesano en piedra, quien cumplía una función mucho más importante en estas comunidades, donde la casi totalidad de los instrumentos eran líticos<sup>60</sup>. Tenían, además, una avanzada industria textil<sup>61</sup>, cerámica<sup>62</sup> y de cestería<sup>63</sup>. Utilizaban la sal, la que sabían extraer tanto de los yacimientos marinos como fósiles<sup>64</sup>. Conocían la fermentación; habían obtenido varias suertes de licores embriagantes de la simiente de los árboles, las que hacían fermentar conservándola luego en vasos de greda<sup>65</sup>. Y seguían practicando las antiguas técnicas de la caza y la pesca<sup>66</sup>.

Una vez que los hombres se hacen sedentarios y se organizan en comunidades dejan de ser autosuficientes y comienzan a especializarse en determinadas tareas. En las etapas anteriores el hombre atendía por sí mismo a todas sus necesidades; él era su propio proveedor de alimentos, su sastre (si así lo podemos llamar), su fabricante de armas, etc. Ahora, en cambio, las actividades se diversifican y diferencian, atendiendo cada uno a una función especial. Nace así la división del trabajo. No sólo en la simplísima forma de repartir las funciones entre el hombre y la mujer —lo que significa un recargo de trabajo para esta última, pues es máxima entre los bárbaros que “el sexo débil ha nacido para la labor y el fuerte para la guerra”<sup>67</sup>—, sino también en forma mucho más compleja, dentro de las actividades que desarrollan los varones, como ser la existencia de médicos, poetas, herreros, plateros, carpinteros, alfareros, etc.<sup>68</sup>. Incluso algunas de estas profesiones se subdividen a su vez en varias especiali-

<sup>58</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 119.

<sup>59</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 123.

<sup>60</sup> *Id.*, pág. 123.

<sup>61</sup> *Id.*, pág. 122.

<sup>62</sup> *Id.*, pág. 123.

<sup>63</sup> *Ibidem.*

<sup>64</sup> *Id.*, pág. 124.

<sup>65</sup> *Id.*, pág. 120.

<sup>66</sup> *Id.*, pág. 124.

<sup>67</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 190.

<sup>68</sup> *Id.*, pág. 184.

dades, cual es el caso entre los araucanos que tienen tres tipos de médicos<sup>69</sup>.

No obstante, todas estas ciencias, artes y técnicas se encuentran en la infancia. El comercio, tanto interno como externo es en los pueblos agricultores muy limitado. . . Aún no se ha introducido el uso de la moneda y todo suele hacerse por la vía del cambio<sup>70</sup>.

Si recordamos la importancia que el abate atribuye al comercio como factor generador e incrementador de la civilización, se verá cómo es ésta, justamente, la circunstancia que impide un mayor adelanto en las naciones bárbaras. Del comercio depende, según las ideas de Molina, el número de la población y el grado de cultura de un país.

La organización social es propia de la fase agrícola. Es necesario que el nómada se convierta en sedentario para que cobre contacto con sus semejantes y logre formar un grupo organizado: "Apenas una familia vagante, o por genio o por necesidad, comienza a cultivar un terreno, cuando se fija en él por natural inclinación; y no haciendo más caso de la vida errante y solitaria, busca la compañía de sus semejantes, cuyos recíprocos socorros al momento comienza a creerlos necesarios para su bienestar"<sup>71</sup>.

El grupo necesita organizarse, para subsistir, darse alguna forma de gobierno: "Ninguna unión civil puede subsistir sin alguna forma de gobierno"<sup>72</sup>. El gobierno es, pues, el principio cohesionador de la sociedad.

El régimen es aristocrático<sup>73</sup>.

El poder puede provenir primeramente de la fuerza, de la destreza en la caza o del valor con las armas. Así es en la mayoría de las naciones bárbaras. Pero también puede provenir de la riqueza, como parece que ha sido el caso entre los araucanos<sup>74</sup>.

Una vez establecida la autoridad, ésta se transmite por línea hereditaria<sup>75</sup>, bien que, cuando termina la descendencia masculina del primitivamente elegido, los vasallos pueden elegir un nuevo señor en la familia que más les agrade<sup>76</sup>.

Entre los bárbaros, como en general entre todos los salvajes, se mantiene vivo y manifiesto el principio de la libertad natural<sup>77</sup>. Los jefes son

<sup>69</sup> *H. Cív.*; pág. 181.

<sup>70</sup> *Id.*, pág. 184.

<sup>71</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 121.

<sup>72</sup> *Ibidem.*

<sup>73</sup> *Id.*, L. II, pág. 152.

<sup>74</sup> *Id.*, L. I, págs. 121-122.

<sup>75</sup> *Id.*, L. I, págs. 121-122; L. II, pág. 152.

<sup>76</sup> *H. Cív.*; L. I, pág. 153; cf., *Comp. An.*, II, XII, pág. 248.

<sup>77</sup> *Id.*, L. I, pág. 122.

considerados como los primeros entre sus iguales<sup>78</sup>, y no pueden someter su pueblo a agravio alguno<sup>79</sup>. Los vasallos tienen por derecho natural la facultad de elegir su propio señor<sup>80</sup>.

En estas sociedades, donde todavía prevalecen tendencias primigenias, como el culto por la libertad individual, es natural que la autoridad de los jefes sea muy limitada. En efecto, su potestad —“como ha sido la de todos los comandantes de las naciones bárbaras”— es solamente directiva y no coactiva<sup>81</sup>. “Los vasallos no están sujetos a leva, ni a algún género de servicio personal, sino en tiempo de guerra. Tampoco son obligados a pagar tributo a sus señores, los cuales deben sustentarse de sus propios bienes. Claro que los respetan como a sus superiores”<sup>82</sup>.

Hay casos, como el de los araucanos, en que los jefes no tienen más que la sombra de la soberanía. “La triple potencia que la constituye reside en el cuerpo entero de los varones”<sup>83</sup>, quienes deciden los asuntos públicos en una *dieta general* o consejo.

No obstante, el grupo sólo mantiene una vinculación relajada mientras no peligre su integridad. Ante la necesidad de defender el bien común, los vínculos se estrechan, la autoridad se afirma y adquiere imperio, y todos están dispuestos a sacrificar sus aspiraciones individuales frente a las eventuales contingencias. Al referirse a la organización de los araucanos, el abate apunta sobre este particular: “Los mismos —los otròs toquis— sacrificando por el bien común su natural ambición, le prestan —al toqui supremo— juramento de obediencia y de fidelidad”<sup>84</sup>.

En estas sociedades no prospera ni el absolutismo ni el despotismo —al que tienden los señores naturalmente “engolosinados con el dominio”<sup>85</sup>. Son regímenes que el pueblo no está aún en estado de sobrellevar, debido a que se mantienen entre ellos, todavía vivas y vigorosas, las ideas de absoluta libertad, innatas a la naturaleza del salvaje<sup>86</sup>.

Las leyes civiles de estas comunidades, cuyas costumbres son simples y sus intereses limitados, son asimismo poco numerosas<sup>87</sup>. En realidad, se gobiernan más que por leyes propiamente tales, por medio de los usos introducidos, por las necesidades y las conveniencias<sup>88</sup>, o mediante tácticas

<sup>78</sup> Id., L. II, pág. 153.

<sup>79</sup> Id., L. II, pág. 170.

<sup>80</sup> Id., L. II, pág. 153; cf., *Com. An.*, II, XIII, pág. 248.

<sup>81</sup> Id., L. I, pág. 122.

<sup>82</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 153.

<sup>83</sup> Id., L. II, pág. 152.

<sup>84</sup> Id., L. II, pág. 157.

<sup>85</sup> Id., pág. 153.

<sup>86</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122.

<sup>87</sup> Id., L. II, pág. 153.

<sup>88</sup> Id., L. I, pág. 122.

convenciones que se han establecido entre ellos<sup>89</sup>. Estas normas que se conservan y transmiten a través de la tradición, tienen los vicios propios de sus características, pues, no siendo escritas no pueden ser ni bastante públicas ni bien comprendidas<sup>90</sup>.

Las ideas religiosas de todas las naciones bárbaras son, del mismo modo, muy semejantes. Sus sistemas son simples y de acuerdo con su manera libre de vivir y de pensar<sup>91</sup>. Los hombres pertenecientes a esta etapa no son todavía capaces de investigar el origen del bien y del mal. No han recibido la revelación divina y sus ridículas teorías sobre el origen de las cosas revelan cuán insuficiente es la mente humana abandonada a sí misma<sup>92</sup>. Por ello es que estos seres, al no poder explicar la aparente contradicción entre el bien y el mal, recurren a inventar un sistema con dos principios opuestos, una especie de maniqueísmo, donde coexisten dos agentes contrarios que salvan esta aparente contradicción<sup>93</sup>.

Un ente dañoso es la razón suficiente de todas las desgracias que acaecen. Los araucanos piensan, por ejemplo, "que si un caballo se cansa es porque el *Guecubu* (así denominan al espíritu del mal) está montado en sus ancas; si la tierra se mueve, el *Guecubu* le ha dado un empujón; ninguno se muere que no sea sofocado por el *Guecubu*". Si su potencia fuese real —comenta el abate— él sería el agente más laborioso que existiese en este valle de lágrimas<sup>94</sup>.

Además de creer en estos dioses del bien y del mal, los salvajes creen en otras numerosas divinidades. Tienen un rico politeísmo en el que se encuentran divididos los dioses en una serie jerárquica. El gobierno de este mundo invisible es semejante al de los hombres y se rige por sus mismos principios<sup>95</sup>: "El gobierno universal de Pillán —nos dice Molina— es modelado sobre la policía araucana. El es el gran *toqui* del mundo invisible, y como tal tiene sus *apo-ulmenes* y sus *ulmenes*, a los cuales entrega la administración de las cosas inferiores. Este modo de pensar es muy grosero; pero es menester confesar que no son sólo los araucanos los que quieren regular las cosas del cielo por las de la tierra"<sup>96</sup>.

<sup>89</sup> Id., L. II, pág. 153.

<sup>90</sup> *Ibidem*.

<sup>91</sup> Id., pág. 169.

<sup>92</sup> *H. Cív.*; pág. 174.

<sup>93</sup> Id., pág. 169.

<sup>94</sup> Id., pág. 170.

<sup>95</sup> "El abate al hablar de estas analo-

gías entre el cielo y la tierra, seguramente comprende, o al menos vislumbra, aunque no lo dice expresamente, esa tendencia al antropomorfismo tan propia del ser humano, y que se encuentra presente en todas las religiones".

<sup>96</sup> *H. Cív.*; L. II, pág. 169.

Las creencias de estas sociedades de incipiente cultura están llenas de supersticiones y patrañas<sup>97</sup>. Se preocupan de interpretar los sueños y de observar el canto y el vuelo de las aves<sup>98</sup>. Empero distinguen entre las dos sustancias esencialmente diversas que componen al ente: el alma y el cuerpo. Y “todos están de acuerdo acerca de la inmortalidad del alma”<sup>99</sup>.

El abate piensa que esta verdad es innata al espíritu del hombre<sup>100</sup>. Las ideas de los hombres pueden variar en cuanto al destino que tendrá el alma después de la separación del cuerpo —así se ve al menos cuando se observa a los demás americanos—, pero todos convienen en la existencia de una sustancia eterna<sup>101</sup>.

\* \* \*

Sin perjuicio de que en este grado de la evolución cultural sea la agricultura la actividad predominante, subsisten, y se realizan diariamente, una serie de funciones que han sido las básicas en los anteriores estadios de la cultura. Estas ocupaciones se conservan como complementarias de las actividades principales (La caza, por ejemplo, suministra la carne que procura cierta variedad a la dieta diaria), o bien, como formas de juego o deporte<sup>102</sup>.

También subsisten actitudes y características propias de pueblos más primitivos<sup>103</sup>.

Todo ello demuestra que ninguna de las etapas distinguidas por el autor que nos ocupa, es un todo cerrado y definitivamente limitado. Cada una de ellas, por primitiva que sea, es un proceso en movimiento, en formación. Una célula viva que crece día a día. En todos los grados están patentes tanto las formas de culturas más antiguas como las potencialidades de formas futuras.

Hemos de reconocer, frente a las características culturales recién

<sup>97</sup> Id., pág. 171.

<sup>98</sup> *Ibidem*.

<sup>99</sup> Id., pág. 172.

<sup>100</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 172.

<sup>102</sup> *Ibidem*.

<sup>103</sup> Id., L. I, pág. 124: “Aunque la caza no fuese su principal ejercicio, ya por pasatiempo o por acrecentar sus provisiones, se aplicaban a tomar aquellos animales selváticos que se encuentran en su país, y

especialmente los pájaros, que abundan por todas partes”.

<sup>103</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 185: “Aunque los araucanos hayan salido mucho tiempo hace del estado salvaje, con todo conservan todavía en muchas cosas las preocupaciones y el carácter propio de aquel primitivo período de la vida humana. Desvanecidos de su valor y de su libertad limitada, se creen los solos que merecen el nombre de hombres sobre la tierra . . .”.

expuestas, que los pueblos bárbaros o agricultores logran un tipo de civilización bastante elevado. No obstante, no es tan sencillo como podría pensarse, dar el último paso.

Veremos que existen en el decurso del progreso una serie de *descansos*, o períodos donde no se realiza ningún progreso. En ellos el hombre permanece estacionario durante largo tiempo. Existe una especie de inercia propia de la condición humana que impide alcanzar la perfección de la vida civil, aun cuando las circunstancias parezcan favorables para su adelantamiento<sup>104</sup>.

Aparte de estas razones insiste el abate en señalar otras que dificultan el tránsito de la comunidad primitiva a la sociedad civilizada: "El pasaje de la barbarie a la vida civil no es tan fácil como a primera vista podría creerse, buen ejemplo de ello encontramos en la historia de las naciones hoy cultas". Múltiples son las dificultades capaces de impedir, o al menos de retardar, la última conquista. Molina enumera las siguientes: "El aislamiento económico que priva a los pueblos de aquellas mercantiles correspondencias, que son las solas guías del repulimiento de los pueblos". La falta de vecinos más cultos, o bien, el hecho de que cuando los tengan éstos les provoquen tal aversión que les sea imposible aprender<sup>105</sup>. Por último, es también factor de decisiva importancia, el genio selvático, menospreciador de todo lo que no es patrio<sup>106</sup>, y que mira la aceptación de los nuevos usos como signos de servidumbre<sup>107</sup>.

#### LA CIVILIZACION

Finalmente, a pesar de estas dificultades, se alcanza la perfección de la vida civil.

Cabe, en primer lugar, preguntarse: ¿qué entiende el abate por civilización? Es decir, ¿en qué consiste este estado de perfección de la vida civil?

El abate no nos da un concepto ni claro ni preciso. No obstante, algo se puede desprender de una serie de afirmaciones dispersas a lo largo de su obra. Para él, lo que "lima" a una nación, son las sabias leyes, el comercio y las artes<sup>108</sup>. Ya vimos que algún grado de ellas se alcanza en las etapas precivilizadas. Lo que ahora interesa es el grado de desarrollo y perfección que adquieren en este período.

<sup>104</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 125.

<sup>107</sup> *Id.*, pág. 149.

<sup>105</sup> *Id.*, L. II, pág. 179.

<sup>108</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 109.

<sup>106</sup> *Id.*, pág. 182.

El comercio ha crecido y su mayor volumen permite un tráfico mercantil que excede los límites puramente locales de la comunidad. Los productos van y vienen de una nación a otra, y tras ellos las influencias y los nuevos aportes culturales. Molina cuida de afirmar esta relación cuando sostiene que: "Las mercantiles correspondencias con los extranjeros, son las solas guías de repulimiento de los pueblos"<sup>109</sup>.

El desarrollo del comercio juega, además, un papel de importancia en las relaciones internacionales. El trae —según piensa nuestro autor— como inseparable secuela la buena armonía entre los pueblos<sup>110</sup>. Las naciones, al salir de su aislamiento, son capaces de hacer causa común con sus vecinos<sup>111</sup>. El mundo político, hasta entonces cerrado y circunscrito a los estrechos límites de los terrenos de cultivo y sus anejos, se abre abarcando las nuevas comunidades con que establece contacto.

Se rompe el aislamiento y empiezan a ser capaces de hacer causa común con los pueblos vecinos, que antes ni siquiera merecían el calificativo de hombres. Se forman coaliciones y muchos peligros se salvan auxiliándose mutuamente<sup>112</sup>.

La política regional ha cedido el paso a la política internacional. Frente a las necesidades de satisfacer las nuevas exigencias del mercado, la industria adquiere un incremento hasta entonces insospechado.

También la división del trabajo alcanza en este período su punto máximo. Todas las actividades se diversifican y se descomponen en un sinnúmero de profesiones, cada una con funciones específicas.

El cambio se ve, a su vez, facilitado por la aparición de la moneda; la cual —al terminar con el engorroso sistema de trueque— da nuevo impulso al comercio<sup>113</sup>.

Se forman los primeros centros mercantiles, y, en torno a ellos, las ciudades que atraen a grandes masas de población por su capacidad de absorber mano de obra<sup>114</sup>.

Asimismo, las nuevas condiciones permiten un rápido aumento de la población. Aumento que es cada vez mayor, según crece el mercado<sup>115</sup>.

Toda la nación entra en actividad y la cultura se desenvuelve con una rapidez y brillo nunca antes vistos.

Y no son sólo las técnicas y las artes las que mejoran, también el

<sup>109</sup> *H. Civ.*; pág. 125.

<sup>110</sup> *Id.*, L. iv, pág. 304.

<sup>111</sup> *Id.*, L. i, pág. 134.

<sup>112</sup> *Id.*, L. i, págs. 134-135.

<sup>113</sup> *H. Civ.*; L. i, pág. 330.

<sup>114</sup> *Id.*, L. iv, pág. 316, nota a-2, y pág. 320.

<sup>115</sup> Ver capítulo sobre *Progreso y Población*.

lenguaje se perfecciona y enriquece. El nuevo complejo de actividades multiplica las ideas y éstas exigen ser expresadas.

Al mismo tiempo que el comercio acrecienta las formas materiales de la cultura, engendra y perfecciona una serie de cualidades en los hombres: "Los hace humanos, complacientes y amantes de hacer el bien"<sup>116</sup>. Los convierte en lo que acostumbramos a llamar un "hombre civilizado".

Este hombre civilizado toma conciencia de sí mismo, de pertenecer a una cultura que valora en relación con otras culturas. Se da cuenta que transcurre en el tiempo y comienza a sentir interés por lo que hace. La escritura, propia también de este período<sup>117</sup>, le va a servir de medio para recordar mejor sus hechos, antes entregados a la memoria de los ancianos y los bardos. Nace, así, la historia.

No obstante, no todas son ventajas. Junto con la cultura llega el lujo y la comodidad. Entonces, la naturaleza humana, antes fuerte y vigorosa, se acostumbra a la vida muelle y al placer. Se hace delicada, perdiendo sus ingénitas cualidades mientras se aleja del estado de primitiva naturaleza<sup>118</sup>. Los hombres olvidan el privilegio de su libertad y se crea el campo propicio para que se ceban las ambiciones de poder y aparezcan los déspotas<sup>119</sup>.

Por último, para concluir este párrafo, quisiéramos citar unos párrafos, insertos en una memoria *Sulla propagazione successiva del genere Umano*, publicada en 1820 y que todavía permanece olvidada de los traductores. El mérito de estas líneas radica en la forma clara y vívida en que nos explica el progreso humano:

"Queste difficoltà svaniscono interamente nell'opinione di quelli, che sanno dalle storie antiche che tutti gli uomini furono da prima cacciatori, vagabondi, senza abitazione fissa, e attenti soltanto a cercare, inoltrandosi, ove le bestie selvatiche, onde dipendeva tutta la loro sussistenza, fossero più abbondanti, giacche allora non avevano la menema idea dei vantaggi, che procura l'agricoltura. Di questa maniera essi con le loro famiglie sempre avanzando scorreva-

<sup>116</sup> *H. Civ.*; L. IV, pág. 265.

<sup>117</sup> El abate no la menciona como característica de este período, pero de su lectura se deduce que así lo estimaba.

<sup>118</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 148: "Hemos dado ya una idea de las habitaciones de los antiguos chilenos. Los araucanos tenacísimos de sus patrióticas costumbres, como lo son todas las naciones no corrompidas del

lujo, nada han cambiado de aquella manera de fabricar... El lujo de comodidad, de magnificencia y de bagatelas es allí enteramente desconocido. Las solas necesidades naturales son consultadas en la elección de sus muebles. ·

<sup>119</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122; L. I, pág. 134; L. II, pág. 153.

no a poco a poco vestissimi tratti di paese, senza lasciarsi agomentare o dall'asprezza dei monti, che come cacciatori sorpassavano volentieri, o dalla profondità dei fiumi, che cercavano di valicare alla loro sorgente, o di superarla per mezzo di zattere, che facilmente costruivano secondo l'opportunità.

Succedeva bene spesso che altre orde di selvaggi, egualmente cacciatori, rispungevano sempre avanti quelle, che principiavano a stabilirsi, per godere esse sole e senza rivali del provento dei boschi. Gli esempi di queste trasmissioni o volontarie o sforzata occorrono frequentemente nell'America settentrionale, dove quelle, orde, che vivono ordinariamente dei prodotti della caccia, si respingono a vicenda, per modo che le più meridionali si veggono oggi stabilite verso il settentrione in regioni distanti le mille o più miglia del loro primo soggiorno<sup>120</sup>.

#### LA NECESIDAD COMO FACTOR DINAMICO DE LA CULTURA

Los hombres en su laborioso progreso no desarrollan, empero, una actividad consciente "para avanzar hacia la perfección de la vida civil". Los adelantos que realiza no constituyen momentos ni etapas superables de una visión general tendiente a mejorar el modo de vida, sino que en la mayoría de los casos son soluciones a problemas concretos e inmediatos u obra del azar. Los hombres actúan movidos por circunstancias apremiantes que requieren una pronta solución. Estas circunstancias son las necesidades que tiene que satisfacer<sup>121</sup>.

Cuando las necesidades son escasas, los hombres viven cómodamente sin tener que realizar ningún mejoramiento notable en su cultura<sup>122</sup>. En primer lugar, deben atender a procurarse los medios indispensables para su subsistencia. No bien logran obtenerlos, cuando se pone en marcha un proceso que se complica cada vez más, y que nosotros gustamos de llamar enfáticamente "la marcha del progreso". La forma en que se satisfacen estas necesidades fisiológicas o primarias es, en un comienzo, muy rudimentaria. Mas, al punto que se alcanza algún grado de satisfacción, se presenta de inmediato un nuevo problema: es necesario mejorar lo ya obtenido y aplacar en forma más refinada los apetitos básicos<sup>123</sup>.

<sup>120</sup> *Sulla propagazione successiva del genere Umano*; en *Memoria di Storia Naturale*. Parte IIª Mem. 12, pág. 176.

<sup>121</sup> *H. Civ.*; L. I, págs. 119, 121, 122, 123; L. III, pág. 257; L. IV, pág. 327. *Comp. An.*; I, XXI, pág. 196.

<sup>122</sup> *Idem.*, L. I, pág. 118.

<sup>123</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 119. Molina nos da aquí un notable ejemplo de cómo una

necesidad primaria se va complicando en la medida que es satisfecha, y necesita ser resatisfecha, originando un proceso de perfeccionamiento creciente. Se refiere a la fabricación del pan: "Es opinión generalmente adoptada que los primeros hombres comiesen los granos crudos luego que empezaron a servirse de ellos para su alimento. Pero esta comida saliéndoles insípida y

Sólo una vez que el ser humano se procura la subsistencia, puede dirigir su actividad en otro sentido. Así piensa el abate, quien nos dice: "De estas artes de primera necesidad pasaron a algunas de aquellas que exigen las necesidades secundarias de una sociedad"<sup>124</sup>. Pero... ¿Cuáles son estas necesidades secundarias? ¿De dónde provienen? Por una parte, son el producto de inclinaciones humanas naturales. Esta afirmación demuestra que Molina es un hombre del siglo XVIII, inmerso en el pensamiento de su época. Toda la impronta de la Ilustración se manifiesta en esta idea<sup>125</sup>. Por otra parte, el individuo es impulsado por las necesidades de su constitución política<sup>126</sup>. Estas necesidades se originan apenas el hombre abandona la vida nómada y comienza a practicar la agricultura; entonces, busca la compañía y el auxilio de sus semejantes, los que al momento se convierten en indispensables para su bienestar<sup>127</sup>. Nace así la organización política y el gobierno, porque ninguna unión civil puede subsistir sin "alguna forma de gobierno"<sup>128</sup>. También nace, en aquel momento, la propiedad privada sobre la tierra, transmisible de padre a hijo, y que, según Molina, es el principio fundamental de donde brotan las primeras artes, "que pedían las necesidades de la natural conformidad, no menos que aquellas de la constitución política"<sup>129</sup>.

Importa señalar, sin embargo, que todo este proceso de aculturación de las sociedades comienza cuando el hombre descubre la agricultura, pues es ella "el manantial principal de la sociedad y de las artes"<sup>130</sup>. Asimismo, el perfeccionamiento sólo es posible, por la natural capacidad humana de recoger y acumular experiencias, de utilizarlas en la obtención de fines diversos; e incluso, de proyectarla de una situación a otra. "Basta que el hombre conozca una vez la utilidad que puede sacarse de cualquiera cosa para que de grado en grado trate de aplicarla a otros objetos que le sean ventajosos".

#### EL RITMO DEL PROGRESO

Parecería desprenderse de todo lo dicho que el hombre avanza en forma ininterrumpidamente acelerada por el camino del progreso. Mas el abate

difícil de masticar, tomaron el partido de tostarla o de cocerla, machacando fácilmente entre las manos el grano tostado, tuvieron la idea de la harina, y luego por grados vinieron a hacer la poleada, las tortitas y después el pan...".

<sup>124</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 123.

<sup>125</sup> Cf., Hazard, Paul; *El Pensamiento*

*Europeo en el siglo XVIII*; parte III, cap. v: *Naturaleza y libertad*; *H. Nat.*; L. III, pág. 376.

<sup>126</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122.

<sup>127</sup> *H. Civ.*; pág. 121.

<sup>128</sup> *Ibidem*.

<sup>129</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 122.

<sup>130</sup> *Idem*, pág. 121.

no es tan ingenuo como para dejarse llevar de esta idea que desvirtúa la realidad histórica. Molina piensa que frente a la tendencia natural del ser humano a mejorar sus formas de vida —motivada una y otra vez por la aparición de nuevas necesidades— existe una tendencia antagónica. “Cierta especie de inercia propia de la condición humana”<sup>131</sup>, que hace permanecer a los hombres en un determinado estado cultural “por mucho tiempo estacionarios, aun cuando las circunstancias pareciesen favorables”<sup>132</sup> para el adelantamiento.

Avanzar de una etapa a otra en los primeros períodos, no presenta mayor dificultad. Empero llega un momento en que es preciso dar el paso más difícil, cuando se pasa de la barbarie a la vida civil. Esto —señala nuestro autor— “no es tan fácil como a primera vista podría creerse”<sup>133</sup>. Para lograrlo se necesita, ante todo, de la cooperación de los vecinos. Es preciso establecer relaciones mercantiles con otros pueblos<sup>134</sup>, o bien, recibir la cultura por contacto con otras naciones más adelantadas. Este contacto puede ser pacífico, pero lo más frecuente es que sea violento. Las invasiones y la conquista foránea originan, en forma inesperada, una “revolución cultural” incoadora de nuevos usos y costumbres<sup>135</sup>.

A su vez, los mismos pueblos que han alcanzado la cima de la civilización, traspasando los límites de la barbarie, pueden caer abatidos por “algunas de aquellas revoluciones físicas o morales a las cuales está también sujeto nuestro globo”<sup>136</sup>. De esta suerte, se encuentran en una etapa intermedia y estacionaria, pueblos en plan de desarrollo, deseosos de desprenderse de su estado de barbarie, con los residuos de otros, que otrora estuvieron en la cúspide<sup>137</sup>. Esta fase no es ni de civilización ni de salvajismo, sino “aquel estado medio entre lo salvaje y lo civil que llamamos barbarie”<sup>138</sup>.

De este estado sólo puede sacarlos el comercio.

Para alcanzar este límite superior las sociedades siguen un desarrollo evolutivo en que todas las cosas van subiendo por grados<sup>139</sup>. Los usos, es decir, las nuevas técnicas y prácticas, abren nuevos conductos favorables al progreso que antes se habían creído impracticables. Esta evolución, común a toda la especie humana, está condicionada, en mayor o menor medida, por las características geográficas del medio circundante<sup>140</sup>.

<sup>131</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 125.

<sup>132</sup> *Idem.*

<sup>133</sup> *Ibidem.*

<sup>134</sup> *H. Civ.*; L. IV, pág. 329, nota a: “Las que son las solas guías del repulimiento de los pueblos”.

<sup>135</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 126.

<sup>136</sup> *Id.*, L. I, pág. 109.

<sup>137</sup> *Idem.*

<sup>138</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 125.

<sup>139</sup> *Id.*, L. IV, pág. 329, nota.

<sup>140</sup> *Id.*, L. I, pág. 117; L. IV, págs. 257, 322.

Cuando los recursos de dicho medio no favorecen la actividad que se desarrolla y que es propia del grado de cultura en que se vive, el hombre supera rápidamente la etapa, pasando al grado superior. Así, las inclemencias del ambiente se constituyen en un verdadero reto a la actividad humana, ante el cual el hombre se ve obligado a actuar, a desarrollar una actividad. Esta respuesta humana es el progreso.

Molina piensa que los hombres, frente a las mismas circunstancias, reaccionan de idéntica manera<sup>141</sup>. Este planteamiento es particularmente interesante, pues lo hace extensivo al campo de formación de las ideas<sup>142</sup>. Sostiene que las ideas se van ampliando cada vez más con el uso y que, al multiplicarse las ocupaciones y tener el hombre un mayor número de cosas de que preocuparse, crece de grado en grado la esfera de sus ideas<sup>143</sup>. De esta forma se suceden los inventos, muchos de los cuales son productos del genio creciente; aunque, también, un número considerable es consecuencia de la accidentalidad. Muchos de los grandes beneficios obtenidos por la industria han sido el resultado de meros accidentes<sup>144</sup>. Eso sí, el genio humano ha sabido sacar provecho de ellos<sup>145</sup>. No de otra manera se va extendiendo progresivamente el dominio del hombre sobre la naturaleza<sup>146</sup>, hasta alcanzar el refinamiento de la vida civil.

La cultura nos va a proporcionar una serie de comodidades y terminará por llevar al ser humano a una vida verdaderamente civil. No obstante, no todos los valores se desarrollarán igualmente; algunas de las virtudes más características de la vida primitiva se van a perder. El refinamiento, que es una "tendencia connatural" al hombre, bien que no una necesidad, encontrará un campo especialmente propicio a su desarrollo cuando él se reduzca a vivir en compañía de sus semejantes<sup>147</sup>.

En las grandes sociedades comerciales esta inclinación al refinamiento se hipertrofia y se transforma en lujo de comodidades, de magnificencias y de bagatelas<sup>148</sup>. Este lujo es el fenómeno que inicia la decadencia. El va a corromper a los pueblos y a debilitar las pasiones que dieron fuerza a la vida primitiva. Además, debilita la naturaleza humana, "que

<sup>141</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 173.

<sup>142</sup> Idem: "Esta fábula, como se ve, es muy semejante a la del viejo Caronte, no porque haya sido copiada la una de la otra, sino porque la mente humana, puesta en las mismas circunstancias, se forma las mismas ideas".

<sup>143</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 125.

<sup>144</sup> Id., L. I, pág. 119.

<sup>145</sup> Idem.

<sup>146</sup> *H. Civ.*; L. I, págs. 117 y 118: "El dominio de ellos —se refiere a los araucanos— sobre la creación animal no se había extendido a más".

<sup>147</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 120.

<sup>148</sup> Id., L. II, pág. 148.

no es delicada por sí misma, sino porque se acostumbra a serlo"<sup>149</sup>. Por último, ofrecerá campo propicio para que se ceben las ambiciones de poder y el despotismo<sup>150</sup>.

Así, pues, aunque el comercio perfeccione determinadas cualidades y haga a los pueblos humanos, complacientes y capaces de hacer el bien<sup>151</sup>, les quita la fuerza y el valor (la constancia guerrera), tan característicos de los pueblos primitivos.

Pero, detengámonos un momento. Antes de continuar es preciso hacer algunas salvedades. Hasta aquí hemos presentado un esquema demasiado rígido, que si bien corresponde a la idea general del abate, no nos revela en forma suficiente todos los matices de su espíritu, ni la flexibilidad de su concepción histórica; porque Molina supo comprender el sentido de "lo histórico", se percató de que el hombre actuaba de una manera a menudo imprevisible, y que sólo metodológicamente se pueden encuadrar todas las formas posibles de la conducta humana, dentro de estos esquemas que tienden a transformarse en envaradas estructuras, que cierran el paso a toda manifestación del espíritu individual.

Es cierto que Molina estructuró sus ideas de acuerdo con un esquema, y que, dentro de él, en una serie de grados, agrupó a los pueblos. No obstante, del tenor de sus obras se desprende que el abate no creía que los pueblos se circunscribían total y absolutamente a este esquema. Las sociedades, al ser observadas desde distintos ángulos y con diversas perspectivas, ofrecen matices diversos. Junto a los grises de su cultura media brillaban con fuerza los tonos cálidos de una actividad especialmente desarrollada, de una actividad que había quedado por encima de su *media*, y que estaba a la altura de una "mejor cultura". Tal era, por ejemplo, el caso de los araucanos, que siendo pueblos bárbaros, habían alcanzado un desarrollo militar que nada tenía que envidiar a la lustrosa cultura española<sup>152</sup>.

<sup>149</sup> Id., L. II, pág. 191: "El día mismo que paren un hijo, lo conducen al río, lo lavan, se lavan ellas también, y dentro de poco tiempo vuelven a las acostumbradas ocupaciones domésticas, sin sentir alguna incomodidad; tan cierto es que la naturaleza humana no es delicada por sí misma, sino porque se acostumbra a serlo. Paren con suma facilidad lo que se debe atribuir a su natural robustez; de donde proviene que también en Europa las mujeres plebe-

yas, según los cálculos del Dr. Blond, registrados en las transacciones filosóficas, paren más felizmente que las señoras y están menos sujetas a las consiguientes incomodidades".

<sup>150</sup> *H. Civ.*; L. I, págs. 122 y 134; L. II, págs. 145, 153 y 157.

<sup>151</sup> Id., L. IV, pág. 265.

<sup>152</sup> Cf., Hazard, Paul: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Cap. V. Parte III. *Naturaleza y libertad* . . .

De tal forma trepan los pueblos, poco a poco, los peldaños de esta estructura. Al avanzar rápidamente por el camino de sus aptitudes, dejan atrás lo menos característico de su espíritu. La marejada del progreso rompe por el lado de lo peculiar, y los pueblos dan un primer paso.

La condición o aptitud especial que tiene cualquier grupo humano para desarrollar una determinada ciencia o arte, es lo que lo hace característico, lo que lo distingue entre todos los demás, conformando su espíritu<sup>153</sup>.

Desgraciadamente, este proceso de desarrollo cultural no es reversible. Una vez que se ha alcanzado un determinado grado de complejidad cultural, no se puede volver a atrás para aprovechar las ventajas de instituciones primitivas más sencillas<sup>154</sup>. Las sociedades civilizadas pueden decaer totalmente; vale decir, volver a las instituciones de la barbarie, manteniendo sólo débiles reminiscencias de su estado de vida anterior; sin embargo, no pueden seleccionar lo mejor de la "primitiva simplicidad" para enriquecer sus vidas civilizadas<sup>155</sup>. Sólo cuando las avanzadas de una civilización entran en contacto con grupos bárbaros, se insertan en su mundo, viven rodeados de sus formas de cultura, y circunscritos por un contorno físico distinto del que les es propio, sólo entonces, en un medio tan propicio, pueden volver a las instituciones primitivas, aprovechando aquellas que más se acomoden a su nuevo modo de vida<sup>156</sup>.

Todo esto no significa que en los grados superiores de cultura se pierdan por completo las antiguas formas. Se conservan, cuando menos, aquellas que constituyeron las actividades indispensables para la satisfacción de las necesidades primarias; bien que no con el carácter de fundamentales que tenían en los antiguos tiempos, al menos como actividades complementarias, de segundo orden; o como formas de juego y deporte. La caza, por ejemplo —apunta el abate—, había dejado de ser hace tiempo el principal ejercicio de los araucanos; no obstante, se conservaba entre ellos en forma de "pasatiempo", y como un modo de acrecentar las provisiones<sup>157</sup>.

<sup>153</sup> *H. Civ.*; L. I, pág. 124; L. II, pág. 157: "Su gobierno militar parece en cierto modo que supera la inteligencia de una nación inculta"; *H. Civ.*; L. II, págs. 147 y 158; C. Anónimo, II, v, pág. 242, y xxiii, págs. 252 y 258: "Los araucanos creen que el hombre no ha nacido más que para la guerra", y a renglón seguido dice: "Los hombres pasan el tiempo que les deja li-

bre el ejercicio de la guerra o la embriaguez, en diversos juegos que, según su genio marcial, tienen siempre algo de militar".

<sup>154</sup> Cf., *H. Civ.*; L. II, págs. 157, 158, 169, 182, y L. III, pág. 233.

<sup>155</sup> Cf., *H. Civ.*; L. II, pág. 161.

<sup>156</sup> *Idem.*

<sup>157</sup> *H. Civ.*; L. II, pág. 194.

## PROGRESO Y POBLACION

Es curiosa la relación que establece Molina entre estos dos fenómenos. Para él, cada paso hacia adelante en el camino del progreso se traduce en un aumento de población. Esta afirmación trae a nuestra memoria la teoría de Gordon Childe sobre el origen de las civilizaciones, la que también podría denominarse "Teoría de las Revoluciones", ya que con este término designa los cambios culturales cruciales de la evolución humana, por analogía con la Revolución Industrial. Según Childe, el avance cultural de la humanidad puede medirse por la curva demográfica: toda revolución técnica que facilite la obtención de los medios de vida, significará un inmediato incremento en la población.

De esta suerte, todas las invenciones humanas que han abierto nuevo capítulo en la historia, son detectables por su efecto inmediato; un alza en la curva demográfica<sup>158</sup>. Nuestro autor, a semejanza de Childe, sólo que doscientos años antes, sostiene una idea análoga: los hombres mientras más salvajes, menos numerosos. "Estos son los más bárbaros —dice, refiriéndose a ciertos aborígenes— y, por consiguiente, los menos numerosos de todos los chilenos, pues es cosa cierta que el estado de vida selvática es tanto menos propicia a la población cuanto es más rústica"<sup>159</sup>.

En el estado de salvajismo los hombres sólo se propagan cuanto se encuentran asegurados los medios de subsistencia<sup>160</sup>. En cambio, en la última etapa la población estará en relación directa con el comercio: "Un gran comercio es relativo a una gran población: a medida que aquél aumente, crecerá también ésta"<sup>161</sup>. Un ejemplo que demuestra en forma fehaciente este planteamiento, es el caso de Chile: su población, bastante menguada ya por las ininterrumpidas guerras de Arauco, se ha visto detenida en su crecimiento por lo exiguo de su comercio, el que se realiza sólo con el Perú. No obstante, la nueva política de la Casa de Borbón, la cual ha permitido el comercio directo con Europa y el envío de bajeles que arriban todos los años a nuestras costas, ha revitalizado el comercio nacional y, consecuentemente, hecho aumentar la población<sup>162</sup>. Ya en 1755 —según informaciones de Molina—: "La provincia sola de Maule contaba 14.000 blancos capaces de llevar armas y las

<sup>158</sup> Gordon Childe: *Man makes himself*.

<sup>159</sup> *H. Civ.*; L. iv, pág. 265.

<sup>160</sup> *H. Civ.*; L. i, pág. 118: "Asegurada de este modo la subsistencia de la cual

deriva la población, ellos se propagaban felizmente... bajo aquel benigno clima".

<sup>161</sup> *H. Civ.*; L. iv, pág. 327.

<sup>162</sup> *Idem.*, pág. 321.

demás provincias se iban llenando de gente a proporción de la extensión de sus términos"<sup>163</sup>. "Así se ve, que luego que aquel reino ha comenzado a encontrarse libre de los obstáculos que se oponían directamente a los progresos de su población va prosperando de treinta años a esta parte con una rapidez increíble"<sup>164</sup>. "Desgraciadamente, este sistema, tan superior al anterior, no ha dado todos los frutos que eran de esperar. Ninguno de los puertos chilenos fue convertido en puerto de destino, y el hecho que sean solamente puertos de arribada dificulta mucho nuestro comercio, y es, naturalmente, muy perjudicial para el crecimiento de nuestra población"<sup>165</sup>.

\* \* \*

A Molina podríamos ubicarlo, con justeza, entre los autores que inauguran el método analógico aplicado a la comprensión del proceso histórico. En este punto aparece emparentado con pensadores tan modernos como Spengler y Toynbee.

Sin embargo, en su ensayo de comprensión histórica hay una inversión de perspectivas. En efecto, él no parte de la construcción de un esquema ideal, de acuerdo al cual se desarrolla la historia universal, y al que es preciso subordinar las diversas experiencias históricas singulares. Por el contrario, se aboca al estudio de un solo país, Chile (que en su obra viene a representar toda América), y a partir de él construye un esquema de la historia, válido para toda la humanidad, en el que los americanos aparecen ubicados en un estado intermedio de evolución, ya superado por las sociedades europeas. De este modo quiere afirmar que los pueblos americanos no son sociedades degeneradas, sino sociedades que han tenido un ritmo de progreso más lento.

Este planteamiento, desusado en su época, confiere a su obra un carácter apologético que se justifica plenamente si se piensa en las circunstancias en que fue escrita. Europa, que miraba a América con especial atención en esos momentos, procuraba comprenderla; pero no como una entidad singular, sino que aplicándole sus propios patrones valorativos. Probablemente, el prejuicio puritano, que heredó del pensamiento hebreo la idea de pueblo elegido, no quedó limitado a los sajones, sino que trascendió de una u otra forma configurando una mentalidad europea, válida para todo el continente. Ya desde los orígenes de la conquista, los propios españoles habían desempolvado los viejos textos

<sup>163</sup> *H. Nat.*; L. I, pág. 329, nota 1.

<sup>165</sup> *H. Cív.*; pág. 329, nota.

<sup>164</sup> *H. Nat.*; pág. 489.

de Aristóteles para fundamentar la tesis según la cual el aborigen americano era de aquellos pueblos sometidos, por su condición, a servidumbre natural.

En realidad, la historia de Europa demuestra la incapacidad del europeo para valorar al mundo, como no sea en conformidad a su propia idea, de la existencia. Semejante limitación de perspectivas, se agudizaba todavía más en la época de Molina, en la cual se pensaba el cosmos en términos de creación, y como tal, concebíase como acabado e intransformable.

América, al no encuadrar en las estructuras europeas conocidas, inducía a apreciaciones negativas. Se carecía de la visión necesaria para pensar nuestro continente como algo distinto y singular. Toda semejanza con Europa se atribuyó a degeneración. Las mismas especies animales se clasificaron de acuerdo con sus semejanzas con las europeas y no como especies distintas, pensándose que eran formas degeneradas de éstas.

Molina se percató claramente de esta circunstancia y en su *Historia Natural* insiste especialmente en ello cuando afirma, que la falsa idea de América “proviene del abuso que cometieron los primeros conquistadores, aplicando según su antojo, y sin verdadero discernimiento, los nombres de las cosas del mundo antiguo, a los nuevos objetos que les presentaban alguna leve apariencia de semejanza o conformidad con los que habían dejado en Europa”<sup>166</sup>. De aquí derivan —continúa diciendo— todas las ideas sobre degeneración de nuestro continente y los ejemplos sobre ciervos pequeños, osos pequeños, etc., que se citan en favor de esas teorías<sup>167</sup>.

En la época que le tocó vivir a Molina, arreciaron las apreciaciones de este tipo. El abate publicó entonces sus trabajos, comenzando por afirmar que América no es un continente degenerado, sino de desarrollo más tardío; para demostrarlo construye aquel esquema evolucionista de la historia universal, en uno de cuyos grados le incluye.

Por otra parte, proclama “la singularidad de América”. Nuestro continente no es aprehensible de acuerdo con los valores y formas europeas, sino que tiene sus propios valores y formas. Sus especies, tanto vegetales<sup>168</sup> como animales<sup>169</sup>, no son las mismas, y a lo más, sólo son aparentemente semejantes. Cada región tiene especies propias, producto de una evolución biológica, condicionada por el clima<sup>170</sup>.

<sup>166</sup> *H. Nat.*; pág. 454.

<sup>169</sup> *Hist. Nat.*; pág. 455.

<sup>167</sup> *Id.*, pág. 455.

<sup>170</sup> *Hist. Nat.*; págs. 477 y 486.

<sup>168</sup> *Comp. Anónimo*, pág. 201.

El valor de Molina radica principalmente en este punto. Nadie en su época supo señalar como él la singularidad de nuestro continente. En este sentido es el iniciador de lo que podemos llamar una auténtica antropología del hombre americano, camino por donde muy pocos de nuestros intelectuales se han aventurado, y que si no fuera por la existencia de un pequeño número de obras, como la del profesor Félix Schwartzmann en nuestro medio, todavía crecería virgen y tupida la broza que impide que lleguemos a conocernos.